

LA FIDELIDAD MÚLTIPLE

De la fidelité multiple, Revue de Droit Canonique 43 (1993) 251-256.

Al tratar sobre el matrimonio, todos hablamos de fidelidad. Pero entendemos esta palabra de muy diversas maneras:

-fidelidad *subjetiva* o fidelidad *a sí mismo*, que se funda en el hecho de haber empeñado la propia palabra

-fidelidad *relacional* o fidelidad *al otro*, que se funda en la palabra dada al otro.

-fidelidad *condicional*, que se funda en una hipótesis: uno se compromete a ser fiel, si es posible seguir compartiendo la vida.

-fidelidad *institucional*, fundada en la objetividad del sacramento.

-fidelidad *esperanzada* y algo utópica, fundada en la convicción de que Dios será fiel a la alianza expresada en el sacramento.

-fidelidad *rígida* de la *Iglesia institucional*, fundada en su propia concepción del matrimonio.

Y, sin embargo, todo ocurre como si esa fidelidad de que tanto hablamos y por la que tantas instancias se preocupan fuese un objetivo inalcanzable. En realidad, si no dejamos de hablar de fidelidad, es porque el matrimonio, como institución, está en crisis. Porque la gente no se casa y porque la gente se divorcia.

Nos hallamos, pues, ante una situación en que el matrimonio como institución, que es el que debería garantizar la fidelidad, ya no sólo no funciona, sino que es vivido como un obstáculo.

¿Cómo entender ese cambio de rumbo? ¿Existe en la Iglesia institucional una forma de enderezarlo?

El cambio de rumbo

Es siempre posible lamentarse de que hoy no hay moral. Es fácil entonces atribuir la quiebra del matrimonio a causas éticas: el pecado se convierte en la explicación de paso universal. Esto resulta tentador para los hombres de Iglesia. Tiene la ventaja de descartar la institución a la hora de investigar las causas de los fracasos. La institución es divina y, por tanto, pase lo que pase, lleva razón. Esta política oficial de la Iglesia suscita crispación contra la institución. Nuestros contemporáneos no la comprenden, ya que, para ellos, el problema radica en la *fidelidad relacional* y en sus condiciones.

Es siempre posible también dar un tratamiento pragmático a las dificultades. Así, la ruptura empírica del matrimonio instituido se convierte en, una no-ruptura. Pues los esposos no habrían sido nunca capaces de darse una palabra seria y segura: son inmaduros. Al insertar a los esposos en la alianza, la institución exige una palabra seria, sin escapatoria. Desgraciadamente encuentra pocos sujetos capaces de una palabra así. O porque son indiferentes a la fe y no miden el alcance del sacramento o porque son psicológicamente débiles y no saben qué es empeñar la palabra. Con esto, el deseo de fidelidad resulta pura veleidad; hombre y mujer viven superficialmente: si se son fieles, es por casualidad.

Así pues, o la infidelidad procede del pecado y entonces lo que se impone es convertirse o bien el motivo es la inmadurez y entonces se anula el matrimonio. Pero la institución queda a salvo. Sin embargo, la cosa no es tan simple. La quiebra de la institución depende de un cambio social y de una exigencia ética.

1 . *Cambio social.* Lo que la mujer reclama del matrimonio ha cambiado considerablemente en un siglo. Mientras el matrimonio constituía una alianza entre familias por razones sociales el aspecto subjetivo e interpersonal contaba poco. La mujer pasaba de la autoridad paterna a la del marido.

Desde que la mujer se convierte en sujeto igual en todos los ámbitos de la vida y adquiere una autonomía económica por medio del trabajo, deja de ser moneda de cambio. Ya no se la define por la necesidad de perpetuar el clan familiar. Hasta entonces la mujer era objeto de transacción, no sujeto de acción. No se le exigía tanto amar al esposo cuanto respetar el vínculo institucional. Así, la infidelidad de la mujer se consideraba como infinitamente más grave que la del hombre. En ella se veía un atisbo de subversión social.

Desde que la mujer se convierte en sujeto igual, no quiere ser más el objeto que asegura los intereses de la institución. Quiere realizarse en la vida de pareja, con lo que ésta queda expuesta a los avatares de la relación interpersonal. Ésta no sufre detrimento si cada uno reconoce efectivamente al otro como sujeto. De lo contrario se rompe. Se impone como necesidad la experiencia. La institución deja de ser mediación.

2. *Exigencia ética.* La ética no es el respeto a una institución. Pues, al no reconocer la muerte de un vínculo, ésta lleva a vaciar la fidelidad relacional de su sentido, a actuar como si. La ética es, ante todo, el respeto a sí mismo y el respeto del otro.

El respeto así mismo, la fidelidad subjetivo, exige que la relación conyugal responda a su sentido. Desde el momento en que la relación resulta irreal, la fidelidad *subjetiva*, exige que se levante acta de defunción y que no se actúe como si nada hubiese cambiado.

La fidelidad *relacional* exige que se respeten los cambios del otro, sus opciones. Obstinar en una relación que no responde a su deseo es convertir al otro en medio de la fidelidad a sí mismo y no en sujeto responsable de su destino.

Este tipo de exigencias corresponde al interés por la persona que alienta en nuestras sociedades democráticas y a la subjetivización de la vida de pareja, que resulta hoy más

importante que la institución. En adelante la institución ha de estar al servicio de los *sujetos* y no a la inversa.

Si esta transformación socio-ética es efectiva, explica mejor la quiebra del matrimonio que el concepto demasiado universal de pecado y el demasiado socorrido de la inmadurez. También explica la fluidez de las relaciones hombre-mujer (patente en la cohabitación juvenil), pues el punto de referencia objetivo ha perdido su carácter de seguridad, su aureola de realización y su valor ético. El debate sobre la *fidelidad* se centra ahora en la verdad del lazo de unión entre unos sujetos para los que no existe otra garantía externa que su propia relación. No cabe ya considerar como garantía el sacramento cuando la relación ya no existe.

La Iglesia institucional y la quiebra del matrimonio

La política de la Iglesia institucional es clara: el sacramento expresa la verdad de la relación hombre-mujer, porque se basa en la palabra divina y porque constituye la metáfora concreta de la alianza de Dios con la humanidad.

La política de la Iglesia consistirá, pues, en defender la institución contra viento y marea, ya que ella constituye el nervio de la verdad trascendente, de la verdad social y de la verdad subjetiva. El sacramento es la *mediación* por excelencia de la verdadera reconciliación entre hombre y mujer. Todo fallo es perdonable, si acepta someterse al sentido del sacramento. Asimismo, el problema de los divorciados vueltos a casar es insoluble, cuando ha mediado efectivamente el sacramento. La verdad de esta postura consiste en su capacidad de interpelar el lazo interpersonal, que puede hacerse ilusiones sobre sí mismo: puede ser demasiado pulsional, demasiado afectivo.

Esta exigencia que preconiza el carácter irreversible de lo instituido se ha adaptado históricamente a base de la *tolerancia* a la debilidad humana, a condición de que ésta no le cuestione y se presente tal cual. Así S. Agustín y Sto. Tomás se opusieron a los rigoristas que pretendían que el Estado suprimiese las casas de prostitución.

Hoy día el problema no consiste ni en absolutizar la institución ni en tolerar la debilidad, sino en reconocer la *verdad de la relación*. Pues la institución hace poco caso de lo *relacional* y la debilidad se preocupa poco de la demanda *real*. Si el divorcio-nuevo matrimonio tiene tal capacidad de cuestionamiento es porque obliga a repensar el papel de lo *relacional* y lo *institucional*.

Desde la perspectiva eclesial ¿cabe tener en cuenta esa nueva sensibilidad? ¿puede existir un estatuto del divorcio-nuevo matrimonio por razón de la *mortalidad humana del vínculo* y de su *finitud*? ¿posee el sujeto en la institución un lugar distinto al de ser la expresión de lo que ella pretende?

Si queremos salir del atolladero y repensar el papel de lo institucional y de lo relacional en el matrimonio, existen -para mí- *dos perspectivas*:

1. *La institución es para las personas y no a la inversa*. Si no se absolutiza es liberadora. Si se absolutiza es mortífera. De ahí que Jesús entable una lucha contra ella.

Esta interpretación subversiva de Jesús ha de aplicarse también a los sacramentos y, en especial, al matrimonio. Pese a ser sagrado, el matrimonio no deja de ser ambiguo.

2. *El perdón.* La ambigüedad del matrimonio se basa en el hecho de que juega un papel de cierre. Niega a un sujeto, para el que el vínculo ha muerto, la posibilidad de sustituirlo por otro nuevo. Actúa como si su historia quedase cerrada, aunque el sujeto no sea responsable de esa muerte.

A este respecto, la práctica ortodoxa de no cargar sobre el cónyuge considerado inocente el peso de una historia cerrada es más evangélica. Aunque no se ve por qué el cónyuge considerado culpable no puede disfrutar también de la apertura a una nueva historia, si la primera ha muerto.

Conclusión

No es claro que haya que tratar el matrimonio de una forma distinta a la de otros temas cristianos. Éstos no desembocan en situaciones cerradas, porque el perdón que abre las puertas a otra historia siempre está disponible.

La rigidez de la Iglesia oficial sobre sus instituciones -el caso del matrimonio no es el único- se debe a una razón distinta de la del derecho divino: al mantenimiento de la organización eclesial contra viento y marea. La fidelidad a las instituciones puede esconder una infidelidad a los seres humanos. La indiferencia que manifiestan nuestros coetáneos respecto a la palabra oficial constituye acaso la sanción de esa desviación. Querer a toda costa el orden del bien, con menosprecio de lo humano, es exponerse al peligro de engendrar el mal.

Tradujo y condensó: MÀRIUS SALA